

Identidad, valores y estilos de vida de la población juvenil en la actualidad

Por José Antonio Younis Hernández. Profesor Titular de Psicología Social de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria.

CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD JUVENIL, VALORES Y PROBLEMAS EN LA POST- MODERNIDAD

Los jóvenes son la carne viva de nuestras contradicciones sociales. Son una generación privada de trabajo en una sociedad donde la identidad se define por el trabajo que el individuo tiene. No todos los espacios tienen el mismo peso significativo y la misma relevancia para la construcción de las identidades de los individuos. El trabajo es un espacio de identidad muy importante para la construcción de la personalidad de los sujetos, de los jóvenes en concreto, porque en él realizan la afirmación de sí mismos y la consecución de las metas a las que aspiran o aspiraban.

Cuando las transiciones o el rito de paso a la adultez no se cumple, -la meta de tener trabajo-, la identidad social y personal del individuo entra en crisis y es cuestionada. En las sociedades capitalistas, la transición al trabajo (y su estabilidad) implica la posibilidad de expandir el "yo social" del joven para dotarse, en un segundo momento, de otras ramificaciones identitarias que sólo son posibles si se tiene trabajo. Es decir, el primer espacio de proyección de la identidad juvenil consiste en obtener recursos económicos propios (empleo estable); a continuación, dotarse de un espacio geométrico y simbólico propio (residencia o domicilio), y, en último lugar, de poder reconocerse a sí mismo realizándose sus potencialidades afectivas, emocionales y sexuales a través de una pareja (sea homo o hetero, de orden matrimonial o no). En definitiva, de la primera transición depende la conquista de las subsiguientes, pero matizando que estas transiciones en pos de la construcción de las identidades no se "objetivan" por igual en las diferentes clases sociales ni en los diferentes géneros: las trayectorias de construcción de identidades están fuertemente mediatizadas por la clase social y por el género, de modo que no podemos hablar de una única y abstracta juventud, sino de tantas juventudes como recorridos transicionales posibles.

Quizás los jóvenes de nuestra sociedad postmoderna necesitan, al menos una buena parte de ellos, una dosis de inconsciencia para sobrevivir; quizás por eso algún autor haya mencionado que los jóvenes se ven forzados a vivir en un carnaval perpetuo dadas las dificultades para elaborar los ritos de paso a la adultez que antes concluían con tanta rapidez. Si antes, como alguien dijo, iban en tren y juntos, ahora van en coche (cada uno el suyo) y por separado. El rito de paso prolongado ha posibilitado la construcción de subculturas juveniles, pues ya deja de ser un rito de paso para convertirse en casi una permanencia prolongada. El estancamiento del proyecto de identidad de cada uno reúne a todos, adquiriendo así enorme importancia el grupo de iguales, el grupo como elemento gestor de identidades sustitutivas de aquéllas que no pudieron ser alcanzadas.

Por otra parte, el "capitalismo democrático" es un sistema que puede tutelar celosamente la libertad del individuo. Y éste es uno de sus logros. Pero el punto de vista

de la utilidad del sistema lleva a la consideración del individuo como productor, consumidor. El sistema económico precisa de ambas. El individuo, en el marco de la ideología que legitima el sistema, considera el acceso al consumo como un premio a su capacidad de trabajo. Pero el sistema económico necesita del consumo que proporciona un mercado interior, sin el cual no funcionaría. El individuo debe consumir de la misma manera que debe trabajar. De ahí el desarrollo de la publicidad como una exigencia del mercado económico. El exceso de productividad permite consumidores que no son productores; éstos son los jóvenes. Este desfase tendría que ser temporal, un día el joven empieza a producir. Pero ¿qué pasa si la "juventud" no termina nunca?; ¿y si no hubiera puestos de trabajo para todos?; ¿y si entonces el desfase entre el consumidor (para el que ha sido cuidadosamente preparado) y productor (para el que también se le ha preparado, pero que no puede ejercer, lo cual le aumenta la frustración) se hace permanente?. Las dos caras de la moneda, que constituían la identidad social del individuo quedan reducidas a una. Todo esto agudiza la problemática de inserción social con sus consecuencias en la confirmación de la identidad del joven. ¿Podrán llegar a la condición de adultos y adquirir responsabilidades?.

"El presente como tiempo de deseo", es un rasgo que podríamos considerar como "vitalidad inmediatista" (el término hedonismo tiene demasiadas connotaciones derivadas del pasado que para los jóvenes carece de significación). Supone privilegiar el momento presente, -donde el bienestar social y la calidad de vida que poseen no tiene parangón con otras generaciones anteriores y de lo que ellos y ellas mismas son plenamente conscientes-, esto no tiene nada de extraño si tenemos en cuenta que el futuro se presenta sombrío, y el pasado carece de relevancia. Es notable en ellos la ausencia de lo que podemos llamar "una mentalidad genética", es decir preocupada por los orígenes y los antecedentes. En esta afirmación "vitalista" que tiene la lógica social, el presente es lo único que tenemos entre manos, e implica además la rentabilidad del placer en medio de la provisionalidad, del *no saber hacia dónde van o hacia dónde podrían ir*. Como dirá Martín Serrano¹, los jóvenes se sienten felices al mismo tiempo que intranquilos:

Simplificando lo que enseguida se matizará, la felicidad procede de *cómo están*; la intranquilidad, de *no saber qué pueden hacer*.

La vida de las sociedades desarrolladas contemporáneas está dirigida por una nueva estrategia que "desbanca la primacía de las relaciones de producción en beneficio de una apoteosis de las relaciones de seducción". Habría que partir del mundo del consumo, que explicita la amplitud de la estrategia de la seducción. Esto no se reduce a la acumulación de objetos o a la interminable sustitución de los mismos, sino que se extiende a la sobremultiplicación de elecciones personales que la abundancia hace posibles en un universo - el del consumo - aparentemente abierto al deseo del individuo. La publicidad despliega ante los ojos del consumidor la "vida como un espectáculo". Esto explica rasgos culturales aparentemente contradictorios o heterogéneos. La exhibición ostentosa de la propia marginalidad, identificable por la vestimenta o el peinado agresivo, negociando la identidad con la ausencia de la misma socialmente reconocida, y así convertida en espectáculo. La vivencia del presente, tiempo privilegiado, se exagera

¹ Martín Serrano, M. (1991: 10). Los valores actuales de la juventud en España. Madrid, Ministerio de Asuntos Sociales. Instituto de la Juventud.

cuando se vive como representación de uno mismo. "Ser es convertirse en espectáculo", un permanente "estadio del espejo".

El gran espectáculo es el hecho mismo de ser joven. Por ello en medio de una aguda crisis de identidad (el joven sin perspectiva de trabajo difícilmente podrá responder en nuestra sociedad a la pregunta: ¿quién soy yo?), surge igualmente una aguda autoconciencia juvenil absolutamente lógica, puesto que el mundo adulto no parece disponer de muchos modelos identificatorios para los jóvenes - fuera del de consumidor / productor - y ha erigido el "ser joven" en modelo propio. Es el tópico el de la "juvenilización" de la cultura.

Puede hablarse de los jóvenes como de la "generación probeta", la juventud es un invento social relativamente reciente; lo que parece perfilarse de un modo impreciso es una "sociedad sin padres"; la figura paterna con su ambigüedad protectora/opresora/indicadora del futuro para el joven, está socialmente desdibujada. ¿Está justificada la sensación de extrañeza que la generación adulta experimenta ante los jóvenes? ¿No se limitan a ofrecer agudizados el perfil de la propia sociedad? ¿Acaso los adultos no somos individualistas, no vivimos volcados hacia el consumo, no nos esforzamos en ser vitalistas en la medida que nuestras fuerzas lo permiten? ¿No hemos hecho de la sociedad también un espectáculo?. Deberíamos sospechar que lo que nos causa extrañeza son rasgos nuestros de familia. Lo que es sociológicamente normal. Aunque las generaciones tiendan a desconocerse mutuamente, cada sociedad produce sus jóvenes, y, los nuestros, son desconfiados socialmente (desconfianza social), tienen un mayor sentimiento de culpa, prefieren el orden al desorden, mayor tolerancia, eligen alta permisividad en lo social y baja en lo cívico-social, etc.

La construcción social de la identidad y los valores

Debemos hacer referencia a los nuevos modos de construir la identidad, a diferencia de las sociedades tradicionales, "holistas" (de carácter global y poco diferenciado), en las sociedades modernas parece darse un notable problema respecto de la formación de la identidad y ello por la emergencia de un individuo que es objeto de múltiples solicitaciones. Enfrentados al problema, las generaciones no jóvenes, concebimos la solución desde un núcleo interno de convicciones (religiosas, éticas, ideológicas) que permiten interactuar con el entorno y dejar en él una huella.

Pero las generaciones jóvenes de hoy parecen haber encontrado sin buscarlo otras vías de solución. Su identidad no está en función de un núcleo, sino de una membrana lo más extensa y dúctil posible. Es una identidad diríamos cibernética, en la que el mecanismo de retroalimentación es agudizado hasta sus máximas potencialidades, tendiendo a eliminar toda acción a partir de un problemático núcleo interno. El actual tipo de individuo es, tendencialmente, casi membrana: eminentemente pragmático, poco propenso a fanatismos ideológicos, políticamente desafectados, expuesto a los mil influjos comunicativos e informativos de la sociedad contemporánea.

Este nuevo modo de construir la identidad tendría como único núcleo su propia libertad concreta, pues los valores han dejado de estar orientados por las fuentes de las instituciones, arrasadas por el torbellino que tiene su epicentro en el yo individual y que no

se compromete con sistemas doctrinarios institucionales e institucionalizados. Esta individualización de los valores se centra más que nada en las relaciones primarias, tales como las personales, sexo y matrimonio, "con la promoción de las libertades personales y derechos individuales en todas estas áreas".²

Dotada de un fino radar, se orienta en la selva comunicacional de nuestros días seleccionando, para su biografía, aquellos materiales que les parecen aceptables. Y éstos provienen substancialmente de la vida privada. Es el único lugar donde le parece realizable su demanda de felicidad inmediata. La nueva identidad existe en la medida en que es retroalimentada por un flujo informativo - comunicacional.

Si realmente esto es así, si se está dando esta nueva manera de construir socialmente esta identidad, no parece descabellado hablar de la emergencia de un nuevo individuo. Este fenómeno, en caso de consolidarse históricamente, sería pródigo en consecuencias sociales.

Sobre la emergencia de esta nueva figura el sociólogo norteamericano Davis Reisman, citamos de memoria, distinguía tres tipos de "caracteres" entre los jóvenes americanos: a) los que tendían a orientarse según la tradición; b) los que lo hacían según unos principios de orden general internamente asimilados; c) y los que se especificaban por estar dirigidos desde fuera, como si estuvieran dotados de un fino radar. Y esto tiene sus consecuencias sociales en el registro de los sentimientos: el primero se caracterizaba por la vergüenza, el segundo por la culpabilidad, y el tercero por la angustia y la ansiedad. La evolución de un "carácter" hacia el otro era vinculada por Reisman por el desarrollo de las técnicas de comunicación de masas.

Daniel Bell ha descrito el paso de la personalidad puritana a la actual que califica de hedonista donde el punto de transición vendría dado por la invención de los créditos y las ventas a plazo, que posibilitan la satisfacción instantánea del deseo. Por otra parte Christopher Lasch, ha creído poder visualizar netamente la evolución desde un modelo edípico hacia otro modelo narcisista: mientras el individuo del primer liberalismo estaba dotado de un poderoso "equipamiento" interno, psicológico y moral que le permitía abrirse paso entre obstáculos, el actual narciso es mucho más frágil y flotante, puesto que deduce su identidad de la imagen propia que él intenta leer, moviente e imprecisa, en la mirada del otro. En este individuo se opera un tránsito de un sujeto de un pensamiento meditativo a uno de pensamiento calculante (tecno - logia en donde está implicada una manera de pensar, el acoplamiento al "logos" de una máquina; una nueva prótesis del hombre en su más alta facultad). Este nuevo individuo es poco propenso a entusiasmos intelectuales derivados de cosmovisiones, tiene un agudo sentido del laberinto de la complejidad y un cierto desengaño de la historia. Es consecuencia de la fragmentariedad : de la razón y el deseo. Si la realidad no es coherente, por qué habría de serlo el individuo?

Lo que sí parece constatable, es un cierto proceso de desagregación del yo en busca de la liberación del deseo. El yo era represivo aunque estuviera cubierto por un manto de libertad. La libertad verdadera está en la realidad cotidiana. Y ésta es

² Andrés Orizo, F. (1996: XXVIII-XXIX). Sistemas de valores en la España de los 90. Madrid, CIS.

esencialmente privada y se manifiesta en deseos plurales y no jerarquizados de antemano. Este nuevo individuo se orienta por el principio de seducción. Su individualidad se construye por la manera en que él elige su imagen de sí mismo (un look : seducción a la carta). Este nuevo individuo no sólo es pragmático y flexible, sino incluso fluido. Un individuo donde la mirada de otro no me cosifica, sino que es un ingrediente de mi identidad individual. La vida es un espectáculo: volvemos a lo mismo.

Este nuevo individuo también tiene necesidad profunda de pertenencia pero no en las viejas instituciones - partidos políticos, sindicatos, iglesia...- sino de pequeños grupos "cálidos", de amigos cercanos que compartan las mismas estéticas, gustos, estilos de vida y valores orientados hacia lo urbano, es decir, la vida en la ciudad como espacio simbólico de consumo de relaciones sociales y posibilidades de compaginar estudio (cada vez más prolongado) y empleos ocasionales y nada permanentes que le permiten simultanear ambas cosas (estudiar y trabajar). La ciudad es el espacio físico/simbólico más apropiado al joven porque le deja "vivir" distintos papeles que le permiten aguantar la transitoriedad endémica de su situación como grupo social que, lanzado al mundo social, se ve obligado a combinar el deseo de aspiración a metas finales y acabadas frente a la cuarentena forzada de multiplicidad de pequeñas y aisladas "estaciones de micro-deseos", pequeños deseos previos, que le dejan un margen de maniobra y movilidad en espacios heterogéneos como el de la cultura, el ocio y el tiempo libre, los estudios, los empleos, el consumo, los cursillos de formación complementaria (informática, idiomas, especializaciones universitarias de postgrado, etc.), las actividades esporádicas que exigen poca cualificación (por ejemplo, el trabajo parcial en una pizzería a domicilio y otros lugares de "comida basura"...))

Tal vez sea esa gran dispersión social, la inestabilidad cambiante de la sociedad de mercado y ese juego constante de "yo-yo" patrocinado por las exigencias neoliberales en lo económico y en sus dispositivos de consumo sociocultural que, - y es sólo una hipótesis -, en el terreno de los valores sobre la sexualidad y el comportamiento sexual los jóvenes se muestran más precavidos y con mayores dosis de autocontrol y deseos de seguridad, así como el aumento de jóvenes que declaran no haber tenido relaciones sexuales completas. Para que no haya dudas sobre si es el SIDA y otras enfermedades de transmisión sexual lo que está afectando a los valores sexuales de los jóvenes, conviene consultar el último informe de juventud en España, donde se analiza con rigor que más que las conductas sustentadas en valores de temor (al SIDA, por ejemplo), son otros los valores que guían los comportamientos sexuales de los jóvenes, tales como el de la fidelidad a la pareja.

La frágil identidad de la imagen necesita reflejarse en otra mirada; las grandes instituciones apenas nos ven. Narciso, el nuevo individuo, tiene una fuente oculta de satisfacciones : él mismo; una dedicación permanente; su propia imagen; y un cauce para su expresión: su música tan variable como su propia imagen y la innovación constante en los deportes. En un poema de Pessoa leemos:

"Eres importante para ti,
porque es a ti a quien tú sientes.
Lo eres todo para ti ,
porque eres para ti el universo,
el universo propio, y los otros

satélites de tu subjetividad objetiva.
... Y eres así, oh mito,
¿ Por qué los otros no han de ser así "

¿No es esto un retrato de un joven post- moderno?. Desde otra óptica no debemos olvidarnos que agentes fundamentales de socialización están funcionando defectuosamente ¿habrá otros que lo suplan? ¿Y la familia?, sigue mostrando su potencial integrador y su insustituible papel de socialización afectiva. Pero es evidente que el rápido cambio tecnológico y social limita sus posibilidades de constituir un micro-modelo del cosmos social. La familia, como institución, también se está fragmentando en diversos tipos; y ninguno de ellos por sí solo, es capaz de orientar al joven en el complicado laberinto de las modernas relaciones sociales. La socialización es hoy "abierta".

Entonces, ¿quién socializa hoy al joven?. La socialización, diríamos hoy, más que abierta se ha vuelto "porosa". El nuevo individuo, dotado de un fino "radar" para captar influjos informativos, absorbe por sus "poros cognitivos" aquellos elementos necesarios para su orientación social que más lo seducen.

Cuidando bien que no todos provengan de la misma dirección: tienen un agudo sentido de la complejidad social y una cierta curiosidad aventurera que no le comprometa demasiado. Los agentes sociales, que hoy son múltiples y heterogéneos, formales e informales, en la encrucijada de todos ellos, el nuevo individuo vive su identidad fragmentada. Especial relevancia habría que darles a los medios de comunicación social y al grupo de iguales, que es donde se vive con una cierta calidez la necesidad de pertenencia. El colectivo juvenil está encauzado por el modelo cultural de este "nuevo individuo" fragmentario que pide ser seducido, narciso se esfuerza en construir su imagen con lo trozos rotos que le ofrece la sociedad competitiva.

En la seducción del joven va el espejismo de los discursos e ideologías que la sociedad adulta y dirigente ha querido "enseñarle". El espejismo más desalentador y brutal, pues no en vano jóvenes y no jóvenes creen (se nos ha hecho creer) profundamente en él, es que viven una fantasía de movilidad social e ignoran los principios de estratificación social de la sociedad³:

El problema es, además, especialmente grave para los jóvenes, no sólo viven en el mundo dominado por la fantasía de la movilidad social que les han presentado los adultos sino que además han sido socializados en un principio que parece ignorar la realidad de la estratificación social: uno circula por uno u otro autobús, no por su patrimonio o su nivel de ingresos, o por el de la familia, o por las expectativas de futuro, sino por su capacidad aparente de gasto... es más, uno puede montarse provisional o circunstancialmente en el autobús de las élites y bajarse en la próxima parada, siempre que pueda, o quiera, pagarse el billete. El único límite que se sugiere a los jóvenes es que traten de evitar subirse en el autobús de los marginales, a los que se suele describir tanto en términos de inútiles, como en términos de aquéllos que se subieron en un autobús equivocado.

³ Aguinaga, J. y Comas, D. (1997: 225-226) Cambios de hábito en el uso del tiempo. Trayectorias temporales de los jóvenes españoles. Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. Instituto de la Juventud.

Aparece una nutrida conciencia de clase determinada por signos exteriores, como actividades, ropa, vacaciones, que asignan estatus, pero es una conciencia intercambiable, conciencia de estar aquí y ahora que se modifica con las opciones de consumo que se vayan a tomar.

Esta es la realidad que creen vivir los jóvenes, una realidad que les lleva a creerse que se mueven, y lo hacen efectivamente contradiciendo a aquéllos que los consideran pasivos, pero es un movimiento circular en una sociedad que ha dejado de moverse, o al menos de moverse a la velocidad que nos tenía acostumbrados.

Pero dejemos, en fin, que sean los jóvenes quienes hablen sobre sí mismos y atendamos los valores, estilos de vida y proyección de identidades que asoman en sus hablas discursivas como resultado de nuevos y poderosos procesos de socialización. Pero también atendamos la mirada del otro, el adulto (padres y profesores), que influye en la configuración del joven (como individuo) como juventud (grupo social). En el siguiente apartado entraremos en todo ello.

LOS DISCURSOS SOBRE LOS JÓVENES Y DE LOS JÓVENES SOBRE SÍ MISMOS: IDENTIDAD, VALORES Y ESTILOS DE VIDA REPRESENTADOS

La hipótesis de que los jóvenes de hoy constituyen unos valores y un estilo de vida diferencial la podemos intuir analizando el dominio de los discursos de los jóvenes sobre sí mismos y de otras instituciones mediadoras o socializadoras sobre los jóvenes (profesores y padres).

Obviando toda la problemática concerniente a que si los jóvenes conforman un grupo social homogéneo o una subcultura particular; esto es, si conforman o no una categoría analítica (la juventud) de escaso o nulo valor explicativo sin evidencia empírica alguna, nuestra reflexión pretende centrarse, en este punto, más en los discursos, en las estructuras simbólicas de significado que, a través de los procesos de comunicación y las prácticas sociales de la población juvenil, definen a los jóvenes o la juventud en sus identidades, valores y estilos de vida. Nuestra reflexión tiene, a partir de este apartado, un amplio respaldo empírico-investigador, mediante 23 grupos de discusión seleccionados a partir de un amplio rango de variables (clase social, grado de integración social, género, edades, estudios realizados, isla de residencia y cualificación profesional).

Estos discursos, que nos ayudarán a observar la realidad psicosocial de los jóvenes en la actualidad, dan lugar a cuatro grandes ejes o dimensiones semánticas:

1. Dimensión Identidad. Referido a cómo son los jóvenes; con qué rasgos de conducta y con qué cualidades son descritos. Se utilizan descripciones basadas en la comparación nosotros (los jóvenes)-ellos (otros). Dimensión discursiva referida a lo que SON y a lo que HACEN los jóvenes. Es un discurso que expresa el rol de los jóvenes en cuanto a su SER y a su HACER. Su dinámica psicosocial es la del Yo (en cuanto autoconcepto derivado de las comparaciones y pertenencias grupales, tal como lo definía Tajfel⁴). Su campo de expresión está o se encuentra en la relación de oposición que se establece dentro del eje Nosotros - Ellos, y, de igual manera, dentro del eje Yo-Nosotros. La identidad aparece como discurso comparativo (comparaciones intergrupales) en dos sentidos : cuando los

⁴ Tajfel, H. (1984) : *Grupos humanos y categorías sociales*. Barcelona. Herder, p. 294

jóvenes y los mediadores sociales (docentes y padres) se comparan entre sí y cuando un joven concreto se compara con otros jóvenes.

2. Dimensión Deseos. Referido a qué buscan o quieren los jóvenes, a sus aspiraciones y objetivos vitales, a sus proyectos personales y metas a conseguir. Trata de necesidades que desean cubrir de acuerdo a sus expectativas. Qué quieren llegar a ser, sentir o hacer para colmar el cumplimiento de sus deseos e ilusiones. La dinámica de los deseos y de la realidad dan cuenta del nudo de tensiones de los jóvenes con la sociedad. Fuertemente asociado a la idea de proyecto, su dinámica psicosocial es la del conflicto. Su campo de expresión se establece a lo largo del eje oposicional del Deseo frente a la Norma. Todas las dimensiones podrían analizarse como atravesadas de parte a parte por el deseo. Al escuchar las hablas de los grupos de discusión, emerge la figura del personaje social (los jóvenes) que anda a la búsqueda de uno o varios objetos de deseo cuya posibilidad de alcanzar depende de un dador que lo haga alcanzable, de alguien o algo que le ayuda a conseguirlo y de alguien o algo que obstaculiza o impide que lo alcance. ¿Quiénes o qué se opone a que los jóvenes realicen sus deseos ? ¿Quiénes o qué les ayuda ? ¿Quién o qué es determinante para que satisfaga sus deseos ?

3. Dimensión Relaciones. Discurso referido a los vínculos y tipos de relaciones establecidas entre los jóvenes y dos unidades sociales: las instituciones mediadoras y los contrarroles significativos. Conlleva un fuerte componente actitudinal hacia objetos institucionales e interpersonales, al modo de concebir sus relaciones. y la evaluación que hacen de las mismas. La cooperación, el conflicto con las normas, las relaciones de poder o igualdad, etc. Las distintas posiciones de poder, los posicionamientos en los discursos mantenidos en las relaciones sociales representadas constituyen este eje semántico. Su dinámica psicosocial es la del vínculo. Su campo de expresión lo encontramos a lo largo del eje de oposición entre Unión versus Separación. Los contenidos discursivos a lo largo del eje Separación-Unión que señalan vinculaciones con las instituciones mediadoras y de socialización (familia, política, religión, grupo de iguales) dejan entrever el sentido profundo que subyace al esqueleto Unión - Separación. Tal sentido profundo y tal significado emergente de los discursos que descansan en esta dimensión de las Relaciones dibujan dos ejes axiológicos más y que gráficamente quedan como sigue:



4. Dimensión Transiciones. Se trata de contenidos discursivos referidos a los tránsitos evolutivos de socialización; a los procesos de cambio de rol o de dominios durante el proceso de construcción biográfica y sus distintos itinerarios. Su dinámica psicosocial es la de la realización del Yo (en cuanto a las transiciones ecológicas necesarias para que el Yo se realice). Su campo de expresión emerge en la relación de oposición entre Movimiento y Permanencia del Yo. Si antes aludíamos a la identidad del Yo, en cuanto manifestación de pertenencias y comparaciones tipo Nosotros-Ellos o Yo-Nosotros; ahora se trata, de alguna manera, también de identidad del Yo, pero no en un sentido comparativo de las pertenencias grupales y de los atributos asignados, sino en un sentido de realización del Yo de los jóvenes.

Identidad, roles y contrarroles

El concepto de "rol o papel social" proviene de la psicología social y significa, en lenguaje llano, la conducta que se espera de la gente dada su posición en la sociedad, en algún grupo u organización. Por lo general, un rol es entendido como una pauta habitual de conducta asociable siempre a una situación o dominio social particular. Un rol social puede ser considerado un vínculo entre la estructura de personalidad de un individuo y la estructura social. Una de las contribuciones principales de los roles es ayudar a las personas a encontrar su *identidad*.

Cuando representamos un papel, necesitamos que los otros respondan a él de la manera correcta, es decir, en la forma en que queremos que nuestros roles sean percibidos. Un afamado psicólogo social, George Herbert Mead, empleó la expresión "otros significativos" para designar a aquellas personas que nos responden y nos ayudan a confirmar nuestras identidades. Peter L. Berger y Brigitte Berger afirman en su libro *Sociología: Un enfoque biográfico* (1972: 62)⁵:

La parte social del yo es denominada habitualmente *identidad*. Toda sociedad contiene un repertorio de identidades: niño, niña, padre, madre, policía, maestro, ladrón, arzobispo, general, etc. A través de una especie de lotería invisible, dichas identidades se asignan a los diferentes individuos. Algunas son asignadas desde el mismo momento del nacimiento, como niño o niña. Otras son asignadas con el paso de los años, como niño listo o niña bonita (o, por el contrario, niño estúpido o niña fea). Otras identidades incitan, por así decirlo, a la suscripción y los individuos las obtienen a través de un esfuerzo deliberado, como policía o arzobispo. Sin embargo, independientemente de si una identidad es asignada o conseguida, en todos los casos llega al individuo a través de un proceso de interacción con los demás. Son los otros quienes le identifican de una manera específica. Únicamente si los otros confirman una identidad se puede decir que ésta se corresponde con el individuo que la posee.

Por consiguiente, los roles contribuyen a conferir la identidad cuando quedan ratificados por los otros significativos. Así, los padres y profesores son importantes para la definición de la identidad de los jóvenes porque son "significativos" para la construcción de dicha identidad. Estos "otros significativos" no sólo dirán *joven o jóvenes*, sino *jóvenes violentos, jóvenes solidarios*, etc. En resumen: padres, profesores, medios de comunicación (personas y personajes representados), policías y jueces, entre otros, constituyen contrarroles significativos en la definición de los jóvenes en sus identidades.

Puesto que los roles sociales que interiorizan los jóvenes son en parte reflejo de sus contrarroles y de otras instituciones mediadoras que funcionan como "modelos" de conducta y fuentes de significación para construir sus propias identidades, el análisis de la autopercepción de sus propias identidades de rol en el interior de sus discursos, y de los discursos de los profesores y los padres, nos puede ayudar a averiguar cómo se ven entre sí. Para ser más precisos, nos ayudaría también a ver cómo se les dice a los jóvenes que son vistos, influyendo así en cómo los jóvenes se ven a sí mismos y en cómo quieren ser vistos.

⁵ Berger, P.L. y Berger, B. (1972). *Sociology: A biographical approach*. New York: Basic Books.

Los discursos de la identidad

De la comparación entre jóvenes, padres y profesores resulta que son los profesores quienes mantienen un discurso más oposicional y diferenciador ante los jóvenes (los Otros), no sólo con respecto a ellos en cuanto adultos en el presente, sino también en cuanto adultos que fueron jóvenes y lo fueron de forma diferente a los jóvenes de ahora, acerca de los que hablan.

Cuando los adultos (padres y profesores) se comparan con los jóvenes, destaca una representación de la identidad juvenil que puede resumirse en una serie de puntos críticos:

- Expresan un juicio pesimista y negativo sobre la juventud, dando un tono más positivo, romántico y de aceptación de sus propias experiencias como jóvenes, menospreciando y valorando críticamente a la generación siguiente.
- La identidad del joven es por defecto, por la carencia de algo, por lo que le falta: valores, conducta social, motivación, ideales, esfuerzo personal, iniciativa, etc. El joven carencial y deficitario, debe pasar por un proceso de normalización y control a un triple nivel:
 - a) Afectivo: que hable más con los padres, que no vaya a lo suyo, que se integre más en la dinámica de la familia: *integración en el hogar*.
 - b) Ideológico: que participe más en la sociedad, que tenga valores e ideales por los que luchar, así como proyectos que realizar. Que no pasen de todo: *integración cognitiva*, en valores y cosmovisiones compartidas.
 - c) Social: que no vaya en contra de la sociedad, que sea educado, que no se drogue, que no delinque, que estudie, que tenga un oficio, que sea razonable y sepa estar con amigos adecuados, que no cometan conductas de riesgo: *integración social*, en conductas de rol esperadas por los contrarroles y la sociedad en general.
- Los jóvenes se excluyen del "buen camino" más por razones de índole individual que de contexto social; es decir, que las atribuciones rozan más la voluntad del individuo que las fuerzas sociales que pesan sobre los jóvenes. Más que ser excluidos, se autoexcluyen. Son los padres de clases sociales más modestas los que admiten más intervención del medio social como conformador o condicionador del destino biográfico de los jóvenes.
- La trayectoria de construcción de la identidad juvenil descansa en distintos capitales, según sean los profesores o los padres los que hablen:
 - a. Para los padres de clase trabajadora, la buena realización de la identidad del joven depende y descansa en el trabajo (tener trabajo) y en que no esté metido en el mundo de la droga. Estar bien integrado en la sociedad y no llegar a la droga, descansa en el buen capital de la personalidad. Pero para realizar la identidad a través del trabajo no tienen ningún capital disponible, aunque a veces citen también el capital de la personalidad, no es un capital disponible en el que depositar excesivas esperanzas cuando de lo que se trata es de obtener un empleo. En cualquier caso, el capital de tener buenas relaciones sociales

(amigos, parientes o "cuña") es el que ven más realista que el del capital de la personalidad. Los padres de clases más modestas creen más en las posibles redes sociales, en los medios informales que puedan conseguir para colocar a sus hijos en el mercado de trabajo. Pero no sólo es que crean que el acceso al trabajo tiene más posibilidades por canales no formales, sino del poder poseído para manejarse en dicho mercado de influencias, redes de amistad y contactos versátiles. Para estos padres pesa más el capital de las relaciones poseídas capaz de movilizar recursos laborales, que el capital escolar en el que creen las clases medias funcionariales (los profesores) o los padres de clases medias en general.

- b. Para los padres de clase media y para los profesores, lo que construirá la identidad biográfica y de rol de los jóvenes es el capital escolar, el estar bien preparado para competir en el mercado laboral. Si los padres de clase media y profesores destacan este capital como llave para construir las identidades juveniles, no es así en absoluto para los padres de clase media baja y obreros, quienes no confían en que hoy los títulos universitarios les ayude a obtener empleo. Esta desconfianza se está empezando a extender entre los padres de clase media, quienes observan que sus esfuerzos de dar estudios a sus hijos no se ven recompensados por la inserción laboral de los jóvenes (sus hijos). La relativa desconfianza de los profesores de la formación profesional hacia el capital escolar como garantía que permita construir las identidades de los jóvenes obreros, les hace dudar y contradecirse en muchos momentos, pues no están seguros que más capital escolar pueda con la marginalidad y los problemas sociales de los jóvenes. En realidad, esta desconfianza nace de la incredulidad misma de que "sus jóvenes" lleguen a adquirir el necesario capital escolar. Pero la realidad social no da la razón a los profesores, pues debido a la inflación de títulos escolares se ha devaluado este recurso para obtener un trabajo. En el estudio sociológico de Martín Criado⁶ se explica minuciosamente esta realidad y su repercusión en las biografías juveniles en la búsqueda de identidad a través del trabajo.
- c. La identidad de los jóvenes no descansa en ningún capital concreto, para los padres de clase alta y media-alta. La realización de la identidad juvenil depende de etapas evolutivas que en sí mismas se van superando a través de una simple superación de crisis de identidad, siempre autogeneradas por la propia sustancia del ser juvenil, que es psicobiológica. De este modo, la sociedad queda evacuada en su papel de construcción de identidades, donde el joven ni siquiera negociaría sus roles en lo que la sociedad espera de él y lo que él quisiera dar. Podríamos decir que el capital de las clases altas es un capital sustantivo, únicamente sostenido por la realidad biológica y psicológica de los individuos.

La imagen que los jóvenes expresan acerca de sus padres y profesores es también oposicional, pero no entra tanto por las descripciones o definiciones que marcan una identidad frente a otra, sino por los procesos que subyacen (procesos comunicativos, de vinculación y sociabilidad) a las relaciones entre jóvenes y adultos:

⁶ Martín Criado, E. (1998) *Producir la juventud. Crítica de la sociología de la juventud*. Madrid, Istmo.

- Los jóvenes se sienten en otro espacio de identidad, con atributos y características bien opuestas y diferentes, con valores y estilos de vida que padres y profesores no comparten en general.
- Es con los profesores donde la dimensión de identidad es más problemática, pues se sostiene sobre un discurso agónico (de enfrentamiento) entre dos identidades opuestas, definiéndose una por lo que le hace o deja de hacer la otra. Falta de apoyo y cercanía, capacidad de empatía, es lo que señalan los estudiantes de todos los niveles educativos, agregándose la falta de cualidades instruccionales de los profesores universitarios a las deficiencias relacionales y socioafectivas. Los profesores son vistos como excesivamente normativos y exigentes, algo que los caracteriza en su identidad al parecer de los jóvenes en general.
- Con los padres no existe tanto agonismo, sino más bien falta de comunicación, de entendimiento mutuo, de relaciones interpersonales basadas en el desencuentro de ideas y opiniones diferentes.
- Los adultos (padres y profesores) no escuchan y no se puede hablar con ellos. Esto lo declaran prácticamente todos los grupos de jóvenes: los conflictos de comunicación interpersonal con los padres. El caso es que coinciden con padres y profesores, que opinan lo mismo al respecto. Tengan o no tengan razón los jóvenes, o tengan o no la tengan padres y profesores, que se echan las culpas mutuamente, lo cierto es que detecta que la comunicación padres e hijos es una ausencia a destacar o un conflicto soterrado.
- A los padres les resulta complicado "ser padres" en la actualidad y se encuentran un poco perdidos respecto a los jóvenes. Y los jóvenes, precisamente, acusan a los padres de estar perdidos y "fuera de onda". Al parecer, los jóvenes querrían basar su identidad en el desarrollo libre de sus propias creencias y convicciones, individualizadamente, sin hacer depender sus identidades de instancias familiares supraindividuales.
- No es que exista un conflicto descarado e irreductible en estas identidades a la contra entre padres e hijos, sino que obedece a la necesidad de los jóvenes de desplegar sus propios valores y la dirección de sus vidas, de algo de autonomía personal, no tanto para construir sus trayectorias vitales fuera del hogar materno, quizás por el convencimiento de que son demasiados los problemas para su ejercicio, sino para compensar la carencia de un espacio propio que los ayude a definirse y a ejercer de sí mismos, no más a través de los padres y la cuarentena forzosa de vivir muchos años en el domicilio familiar. Esto significa que la identidad del joven vive una fuerte contradicción entre la demanda de ideales de identidad que sólo se pueden ejercer "abandonando" a los padres, y la necesidad de consenso afectivo y normativo entre padres e hijos al convivir en un mismo espacio. De ahí que los padres y las relaciones con los mismos sea fuerza de identidad a la vez que de sometimiento a la supraidentidad del contexto familiar: sometimiento o aplazamiento del despliegue del ideal de identidad serán sus dos principales consecuencias.
- Es quizás esta espera de despliegue de la identidad biográfica, que algunos jóvenes la sienten como aplazamiento, desarrollando entonces una actitud pragmática y estratégica, de realismo expectante, en la convivencia con los padres. Otros, por el contrario, sienten esta espera como sometimiento (especialmente los más jóvenes), como mordaza que algún día han de arrancarse para por fin respirar. Pero entre una y otra actitud aparecen los problemas de comunicación, pues el grupo de discusión,

más que la encuesta, permite que los individuos aprovechen estar con sus iguales a la vez que con un "experto", figura aséptica que puede comprenderles, dándoles el arropamiento del grupo una apertura proyectiva y una democracia mucho mayor de los sentimientos sin censura.

En cuanto al Yo-Nosotros, y en contra del discurso social que homogeneiza a todos los jóvenes, los jóvenes rechazan tales propuestas estereotipantes que sólo son imágenes excesivamente generalizantes que de ellos se hacen los adultos y las instituciones del control social.

Esta mirada sobre ellos, que los asimila en una hipotética pseudoigualdad artificial y ahistórica es profundamente rechazada por los jóvenes por su esterilizante reduccionismo de los problemas que experimentan en sus vidas reales, pues consiguen, aplicando el mismo rasero a todo el colectivo juvenil, enmarcarlos en formas de igualdad social inexistentes.

Si según nos recuerdan los trabajos de Tajfel y Turner, un grupo social es “una colección de individuos que se perciben a sí mismos como miembros de la misma categoría social”⁷, parece ser que los jóvenes (desde los jóvenes universitarios hasta los jóvenes obreros, pasando por los jóvenes en situación de exclusión social) no se perciben formando parte de una misma categoría social .

En la generalidad de los jóvenes se expresa con toda intensidad el deseo de construir una identidad del Yo positiva (Turner dirá que las categorías del Yo son en general positivas), asociándose a una categoría endogrupal de estilos de vida, de valores y de comportamientos diferentes a los de otros exogrupos de jóvenes con otros estilos comportamentales y axiológicos estigmatizados. Esta “protesta simbólica o discursiva” de los jóvenes en general, se contrapone a la de los mediadores institucionales, quienes operan cognitivamente con una categoría estándar de juventud, y, por lo tanto, unidimensionalizando las complejas identidades sociales emergentes de la categoría juvenil:

- Hay que decir, claramente, que los jóvenes son muy poco autocomplacientes consigo mismos, con sus propias identidades de grupo. Se critican muy duramente a sí mismos, como resultado de la culpa que han interiorizado y que les ha transmitido la sociedad.
- La construcción de la identidad positiva a partir de la relación Yo-Nosotros, es resultado del necesario mecanismo de defensa que tienen que interponer para sobrevivir a la "imagen del joven malo". Se rebelan contra esta categoría generalizante y homogeneizante que los aplasta, despejando la culpabilidad que les ha hecho sentir la sociedad (con los contrarroles de padres y profesores), hacia otras categorías de jóvenes que ellos mismos estigmatizan y devalúan, al igual que la categoría general los devalúa sometiéndolos a una categoría estándar.
- Una forma desproporcionada, aunque no es la más abundante, de despejar la culpabilidad hacia otros grupos de jóvenes, es criticar al joven que se queda en casa de los padres (regalándoles epítetos de gandules). Esta opinión, aunque minoritaria,

⁷ Turner, J.C. (1990) : *Redescubrir el grupo social. Una teoría de la categorización del yo*. Madrid. Morata, pp. 147-148.

sólo se explica para el que ha logrado salir y no quiere ser asimilado a una categoría negativa de juventud, o bien por quien todavía no ha salido de la cuarentena familiar y se siente culpable ante este estereotipo que culpabiliza al joven que vive con sus padres.

- Otra forma, la más habitual y recurrente, es hablar de jóvenes más jóvenes que los componentes del grupo de discusión. En general, estigmatizan a los adolescentes entre 14 y 18 años como la juventud más mala que nos espera a los adultos del mañana (que son los que hablan). De esta juventud y de toda la juventud en general, el tópico que más abunda, en todos los grupos consultados, es el de la juventud mal educada y sobreprotegida. La sobreprotección tiene dos caras semánticas: la del permisivismo (se les deja hacer lo que les da la gana) y la del proteccionismo (se les da todo hecho y se les arropa afectivamente demasiado, anulando el desarrollo de la autonomía personal).

La identidad se construye sobre distintos dominios sociales y de relaciones entre los dominios sociales entre sí. El espacio topológico de Martín Santos, retocado por nosotros, nos permite ver el juego de identidades entre adultos y jóvenes, tal como se ha desarrollado en sus conversaciones y sus tejidos discursivos:

PRÁCTICAS SOCIALES	LUGARES O DOMINIOS		
	HOGAR	ESCENARIO	PÚBLICO
RELACIONES	amor	deseo	poder
INTERCAMBIOS	sentimientos	identidades	normas
OBJETOS SIMBÓLICOS	tribu	espejo	tribunal
ACTIVIDADES	tregua	conflicto	control

Los profesores. Desde el punto de vista del esquema topológico de Martín Santos podemos concluir que el habla de los profesores se ubica en el lugar del público, observando (interpretando) desde sus butacas el escenario donde los jóvenes representan su papel (su identidad). El profesor atribuye, desde su lugar privilegiado de espectador, una identidad a los jóvenes. Dicha identidad se establece desde una relación de poder, la cual divide a los integrados (los profesores) de los no integrados (los jóvenes). Los no integrados (los jóvenes) deben asumir las normas sociales que mejor contribuyan, desde el punto de vista del profesor-tribunal, a la “buena sociedad”. El intercambio entre jóvenes y docentes se apoya y estructura prácticamente a partir de las normas, normas que son vigiladas simbólicamente para su buen cumplimiento y que merecen el mejor control, garantía que preservará tanto de la anomia como de la disnomia que llevaría al caos y a la imprecisión de los límites seguros de una sociedad protectora por estar en orden y normativamente controlada.

Los jóvenes, pues, en el discurso del enseñante, son siempre carne de escenario, representación simbólica del deseo frente/contra la norma. Son, por lo tanto, la encarnación del conflicto, de una identidad desregulada. Al mirarse mutuamente,

enseñantes y jóvenes, en el discurso docente, la imagen del joven devuelta adquiere la forma distorsionada de un espejo de feria (En parte, sólo en parte, esto mismo ocurre a los jóvenes cuando hablan de los profesores). Sólo entendiendo que los espejos de feria se encuentran dentro de la *casa de la risa*, es posible comprender tanto deseo de normalización social de la identidad juvenil. Los profesores, por oficio, han adquirido una vocación insensata e inquietante: poner todo bajo la razón del orden y la norma, tal vez porque a los enseñantes les ocurre un poco como a aquel hombre del cuento de Saint-Exupéry, el cual había perdido su lobo domesticado y al que sus amigos intentaban consolar diciéndole que cogiera otro y lo domesticara. Pero el domesticador-profesor-de lobos contesta: "Hace falta demasiada paciencia. No para cazarlo, sino para amarlo":

HOGAR	ESCENARIO	PÚBLICO
LA SOCIEDAD PROTECTORA Y EN ORDEN: LA BUENA SOCIEDAD EN LA QUE DEBE INTEGRARSE EL JOVEN	DONDE LOS JÓVENES REPRESENTAN SU IDENTIDAD, SU PAPEL.	DONDE LOS PROFESORES EJERCEN DE TRIBUNAL DE LAS IDENTIDADES REPRESENTADAS POR LOS JÓVENES: LOS INTEGRADOS VERSUS LOS NO INTEGRADOS

Los padres de clases media-altas y altas ubican prácticamente todo el devenir de la identidad en el contexto relacional del hogar, donde no hay otra identidad que la que se hace o cuece puertas adentro de la hoguera familiar. Dentro del hogar la utopía son las relaciones de amor, los sentimientos de empatía, la tregua que debe existir entre padres e hijos si realmente todos se quieren sentir en su propia tribu. Esta especie de autismo les hace sentirse, paradójicamente, cuestionados por sus propios hijos, que ocupan la plaza del público que vigila sus "movimientos de identidad". Arriba, en el escenario, están los padres, intentando representar sus identidades de forma creíble. La sobreprotección como permisivismo (se les deja hacer lo que les da la gana) y el proteccionismo (se les da todo hecho y se les arropa afectivamente demasiado, anulando el desarrollo de la autonomía personal) son las dos actitudes que más discuten en el grupo y que les crea mala conciencia, de ahí que prácticamente pongan a los hijos en el público como tribunal y, a ellos mismos, los padres, como deseo de resolver sus conflictos interpersonales y educativos mostrando un papel adecuado de padres del que no siempre están seguros, pues aunque tienen una alta estima de sí mismos, necesitan que se les confirme que lo hacen bien o que lo han hecho bien:

HOGAR	ESCENARIO	PÚBLICO
DEVENIR DE LA IDENTIDAD DEL JOVEN	EL DESEO DE LOS PADRES, REPRESENTACIÓN DE UNA IDENTIDAD	EL PODER DEL JOVEN-HIJO COMO SANCIONADOR IMPLÍCITO DE LAS IDENTIDADES MOSTRADAS EN EL ESCENARIO

Esto no significa que los padres nunca se sitúen como público sancionador y coloquen a los jóvenes en el escenario, también esto ocurre y mucho. Pero lo específico diferencial de estos padres es el trasvase de relaciones, intercambios, objetos simbólicos y

actividades donde colocan tanto a padres como a hijos (jóvenes) en la confrontación de identidades.

Los padres de clase media se sitúan claramente en el público, donde las relaciones de poder y las normas, así como el de ejercer de tribunal controlador, son una garantía de protección para ascender socialmente. Este posicionamiento lo toman casi como modelo de conducta que deben seguir los jóvenes, que ya les tocará un día estar en el público, mientras tanto hay que dar buen ejemplo, ser uno mismo un modelo de conducta para ellos, los jóvenes, que ahora están en el escenario, mostrando unas identidades que deben ser corregidas, pues hablan mal, visten mal, carecen de urbanidad y civismo, son algo inmorales y no asisten a la iglesia. El hogar sería el lugar de encuentro entre padres e hijos, pero que también debe subordinarse al orden de las buenas formas entre padres e hijos:

HOGAR	ESCENARIO	PÚBLICO
ENCUENTRO AFECTIVO, PERO SUPEDITADO A LAS BUENAS MANERAS ENTRE PADRES E HIJOS	LOS JÓVENES, CON SUS MALAS "FORMAS"	LOS PADRES, GARANTIZANDO EL BUEN ORDEN Y LA BUENA FORMA DE CONDUCTA

Los padres de clases medias bajas, trabajadores y jóvenes empleados sin cualificar, con residencia en los extrarradios de la ciudad, también colocan sus identidades en el escenario público, pero no para vigilar las formas socialmente pertinentes de los jóvenes, sino para vigilar que no se extravíen hacia lo droga u otras conductas que impliquen problemas sociales. Es decir, están en el público desde una actitud preventiva y por impedir, vigilantes, que los jóvenes vayan por "mal camino". Aunque los padres mezclan un poco de autoridad y mano dura frente a los potenciales descarrilamientos rebeldes, las malas amistades y las prácticas de insubordinación de los jóvenes (hijos), las madres se mantienen más en la vigilancia estrecha de sus vástagos en un medio social hostil, acechado de peligros e infortunios. El hogar contiene posibilidades afectivas, sólo posibilidades, si los conflictos que ocurren en el escenario no lo impiden y los padres desde el público mantienen alta la guardia.

HOGAR	ESCENARIO	PÚBLICO
LUGAR DE AFECTO CONDICIONADO POR LOS CONFLICTOS POTENCIALES DEL ESCENARIO Y LAS DEBILIDADES DEL PÚBLICO. LUGAR TAMBIÉN DE RESPETO HACIA LOS PADRES Y OBEDIENCIA DE LOS HIJOS	LOS JÓVENES Y UNA IDENTIDAD FRÁGIL Y FÁCILMENTE AMENAZADA POR UN MEDIO SOCIALMENTE HOSTIL: DROGAS, DELINCUENCIA, EMBARAZOS INDESEADOS, PARO, ETC.	LOS PADRES: VIGILAR Y EJERCER LA AUTORIDAD LAS MADRES: VIGILAR

Los jóvenes, pese a las diferencias entre ellos, en lo que a la construcción de sus identidades en relación a los adultos se refiere, se sienten colocados en el escenario muy a pesar de ellos. De hecho, las conductas sociales y los estilos de vida exteriorizados son las cualidades de rol más salientes y distintivas percibidas por sus contrarrollos adultos.

Experimentan el deseo de ser vistos en el escenario desde sus identidades diversas, no desde una supuesta igualdad estándar. Quieren, desean mostrar, que tienen una identidad positiva, que esos jóvenes de los que tan mal se habla y tan mala prensa tienen no son ellos, sino otros. El deseo de identidad es, pues, querer mostrar una identidad buena, de joven apolíneo, pero no llegan a conseguir superar esta imagen de sí mismos porque a la par admiten la mala imagen que han interiorizado como identidad propia: al mismo tiempo que se revelan queriendo mostrar la parte de identidad buena, admiten la parte mala, y, en muchas ocasiones, cuando la admiten, la atribuyen a otros grupos juveniles de conductas más llamativas y socialmente espectaculares. En tal sentido, merced a este juego de proyecciones y compensaciones de identidad, sitúan en el hogar a la buena identidad, la que no se ve y está en la trastienda de su endogrupo positivo (el de la buena identidad). El público está habitado por los padres, los profesores y la sociedad en general, empeñados en ver al joven del escenario y no al del hogar (donde se refugian los jóvenes para recuperar la buena identidad perdida, no admitida y no vista por los adultos):

HOGAR	ESCENARIO	PÚBLICO
LA BUENA IMAGEN DEL SÍ MISMO DEL JOVEN COMO GRUPO SOCIAL: LA BUENA IDENTIDAD QUE SE DESEA REPRESENTAR	LA MALA IMAGEN DE SÍ MISMO DEL JOVEN COMO GRUPO SOCIAL: LA MALA IDENTIDAD QUE NO DESEA REPRESENTAR	LOS ADULTOS Y LA SOCIEDAD EN GENERAL, EMPEÑADA EN VER UNA PARTE DE LA VARIEDAD DE IDENTIDADES JUVENILES

En conclusión, detrás de todas estas relaciones constructoras de identidad, relaciones entre adultos y jóvenes (Nosotros-Ellos) y de jóvenes entre sí (Yo-Nosotros), captamos influjos mutuos en las definiciones de sí mismos de jóvenes y adultos (padres y profesores). Estas definiciones concentran un alto grado de relaciones oposicionales, especialmente de los adultos hacia los jóvenes. En una palabra: a los adultos se les ve mucho más autocomplacientes consigo mismos que a los jóvenes, quienes, encima, subjetivan la culpa que les provoca el mundo adulto entonando un sentido "mea culpa".

El joven, visto desde la identidad por déficit o por exceso, nunca tiene término medio; no así los padres, tratados también por sus excesos y por sus déficits, pero, en bastantes ocasiones, en los términos medios y más amables que los hijos les dedican. Los que sí son tratados también sin términos medios, por sus excesos y sus déficits, son los profesores, contrarroles menos aceptados que los padres.

Los discursos de las relaciones

Las instituciones que tienen la responsabilidad de transmitir la historia y distribuir los recursos de una determinada sociedad, tienen una gran importancia en la formación de la identidad del individuo, o sea, decirle de dónde viene, mostrarle sus raíces, sus iguales y sus desiguales, darle pautas de referencia, darle material para constituir sus grupos de referencia y pertenencia, y un largo etcétera. Esto servirá para que el individuo no solo sepa quién es, sino para que, sabiéndolo, se instrumentalice para construir su futuro.

Este papel y esta responsabilidad la cumplen distintas instituciones mediadoras⁸, principalmente la política, la familia, la religión, los iguales, la escuela (todos los niveles educativos), los medios de comunicación, y, últimamente, la institución de la droga.

Los contenidos discursivos a lo largo del eje Separación-Unión que señalan vinculaciones con las instituciones mediadoras y de socialización (familia, política, religión, grupo de iguales, etc.) dejan entrever el sentido profundo que subyace al esqueleto Unión-Separación. Tal sentido profundo y tal significado emergente de los discursos que descansan en esta dimensión de las Relaciones dibujan dos ejes cruzados tal y como vimos más arriba.

Los valores y estilos vinculativos establecidos y aceptados por los jóvenes son de tipo Proximal y Reticular. Los valores y estilos rechazados son de tipo Distal y Jerárquico:

Valores y estilos Proximales versus Distales en las Relaciones con las Instituciones mediadoras. Los jóvenes conceden un fuerte papel a sus relaciones afectivas interpersonales para dar sentido a sus vidas : la familia y los amigos constituyen su capital afectivo, donde depositan sus transferencias emocionales, destacando más las relaciones con los amigos y la participación en ONGs y voluntariado social. Sin embargo, las relaciones con los padres las experimentan un tanto distales, pues echan de menos más apoyo social y afectivo por parte de éstos. Admiten, sin embargo, la cercanía de los padres en cuanto a temores por el futuro de los hijos y la preocupación por su bienestar. Esta fenomenología la iremos aclarando a medida que avancemos el análisis de este punto.

Estos significados connotan que los valores vinculativos más concéntricos (amigos, amistad, comprensión necesaria de los padres...) destacan en especial. Son significados axiológicos y de sociabilidad proximal porque señalan que lo más cercano a uno, lo próximo y los más próximos, lo más cercano al ámbito simbólico-relacional por donde circulan es a lo que más se vinculan y es preferido a relaciones vinculativas distales con instituciones como la política o los medios de comunicación, que son muy rechazados. La religión prácticamente está oculta, no es mencionada sino por los padres para decir que los jóvenes carecen de estos vínculos.

No sienten a sus padres adaptados (cognitivamente adaptados), pero tampoco llegan a rechazar todo lo que venga de sus padres. De hecho, se percibe una mayor convergencia afectiva con los padres que con los prescriptores de normas (los profesores). Aquí es posible observar un cierto pragmatismo de los jóvenes, ya que, parecen decir, <<estamos a la espera de que venga algo mejor y que la espera como esperanza no parece vislumbrar un horizonte socio-vital más propicio, es mejor permanecer unidos, confiar en la familia y conservar lo que ahora mismo tenemos>> No

⁸ Este importante concepto de Manuel Martín Serrano y todo lo que implica para el análisis de las relaciones del actor social con las instituciones puede ser consultado en su obra *La mediación social* (1978). Madrid, Akal.

debemos olvidar que el 63% de los jóvenes que trabajan viven todavía en casa con sus padres, debido a la precariedad del empleo y a los costes de la vivienda.

Pero esta vinculación con los padres es más afectiva que ideológica. Porque tampoco los padres constituyen el oráculo desde donde interpretar el mundo. Hacen notar que la actitud vinculatoria con los padres es más de tipo socioafectivo y relacional que por sus visiones del mundo, sus mentalidades o sus saberes educativos o de cualquier tipo. De todas maneras, a pesar de que en términos globales y explícitos perciben una cierta "distalidad afectiva" para con los padres (los padres se quejan de lo mismo), se nota la necesidad de unión con ellos, bien por sometimiento o bien por aplazamiento, tal como comentábamos en el apartado de la identidad.

La relación con los padres es proximal y distal simultáneamente: Proximal porque los padres protegen y cuidan, se preocupan por lo que les pase y esto lleva a que la convergencia sea afectiva. Pero también Distal, en el sentido de que les gustaría más comunicación interpersonal y comprensión a las dinámicas de sus estilos y valores. Esta comunicación y apoyo social (apoyarles en lo que hacen o dicen) tiene un fuerte contenido ideológico y se vincula con las transformaciones de las fuentes del saber y la expertez.

La devaluación que hacen de los padres no se sitúa tanto en la zona de los sentimientos como de las cogniciones. Los padres ya no pueden dar consejos sino afecto, apoyo y comprensión. Los padres ya no pueden explicar el mundo y orientarlos en él, sólo les queda poner el hombro para apoyar al joven cuando le haga falta en su proceso biográfico; o bien prestar su casa como cueva donde siempre puede regresar para lamer sus heridas. Ya no existe la autoridad cognitiva de antaño, es lo que dejan ver claramente los jóvenes, y ni siquiera el tótem afectivo si no es para tener siempre la espalda cubierta y protegida en el azaroso devenir de las biografías juveniles. El capital del afecto puede tener un valor de cambio distinto al capital cognitivo. La tasa de cambio entre ambos capitales depende de cuánto se quieran dejar amar o de cuánto se quieran dejar aconsejar los individuos a la hora de negociar estas tasas de poder y autoridad cedidos a los padres.

Por el momento, no debe extrañarnos esta relación de cambio entre los capitales afectivos y cognitivos, pues quizás sea de los pocos espacios (el hogar) donde los jóvenes poseen todavía, aunque sea poco, algo de control simbólico. Poder y control que ellos mismos han perdido al estar sometidos a los medios de comunicación, a los que critican y de los que se sienten cognitivamente desvinculados, pero a los que en la práctica se vinculan a través del consumo (como fuente de consumo y de configuración de gustos, estilos de vida y estéticas), el cual aporta fragmentos simbólicos (con los que construir una identidad del Yo) además de bienes materiales. Como dirá Giddens:

De ahí que, en las condiciones sociales modernas, todos nosotros vivamos como si estuviéramos rodeados de espejos donde buscamos la apariencia de un yo sin tacha y socialmente valiosos⁹.

⁹ Giddens, A. (1995) : o.c., p. 219.

Este reducto de poder y control que tiene, esto es, de poder elaborar su propia tasa de cambio entre los capitales afectivos y cognitivos, está relacionado, así lo queremos interpretar, con el presentismo actual de los jóvenes y que en muchos estudios se hace constar, tal como en el informe¹⁰ de la juventud canaria, donde son mayoría los jóvenes canarios que piensan que vivir al día es mejor que vivir de cara al futuro; lo que viene a mostrar que los jóvenes (no solamente los canarios, y, seguramente, no solamente los jóvenes) actuales viven el futuro como una pérdida. El presentismo se relaciona con este reducto de poder, entonces, porque los jóvenes no ven que tengan posibilidad de controlar otras cosas que las presentes, y, claro está, nada más presente y controlable que la tasa de cambio afectivo-cognitiva dispensada en el espacio del hogar, donde él mismo se ha estancado, sin moverse hacia adelante (el futuro biográfico) ni hacia atrás (pues todavía no ha tenido oportunidad de crear un pasado biográfico). Así que lo que controla está en el presente y se trata de afectos y cogniciones respecto a sus padres o a sus profesores.

Una cita de Giddens nos recuerda que el presentismo es propio de nuestra cultura y el entorno social de la modernidad; pero, aunque no cite a los jóvenes, creemos que su interpretación se aplica con mayor justificación a los jóvenes de hoy que a los adultos:

La apatía hacia el pasado, la renuncia al futuro y una determinación de vivir al día son un punto de vista que se ha hecho característico de la vida ordinaria en circunstancias dominadas por influencias sobre las que los individuos sienten que poseen poco o ningún control¹¹.

Valores y estilos Jerárquicos versus Reticulares en las Relaciones con las Instituciones mediadoras. Los jóvenes muestran discursivamente su rechazo a la comunicación vertical con las grandes instituciones o de las personas entre sí, lo que significa que las formas de participación social posibilitadas por los prescriptores tradicionales de normas (escuela y política) no satisface sus deseos de participación social, por lo que se decantan más por la comunicación horizontal con las instancias de socialización primaria. La disciplina jerárquica y la formalidad de algunas estructuras sociales, cuando ellos se sienten más inclinados por lo horizontal y espontáneo, por las redes relacionales, por las retículas de apoyo social y personal (léase, por ejemplo, voluntariado social) es con lo que mejor se sienten relacionados.

El sentimiento de vinculación de los jóvenes hacia las instituciones mediadoras tradicionales se sitúa más en el polo de Separación que en el polo de Unión. Las instituciones, especialmente la política, pero también la progresiva pérdida de fuerza moral de los grandes medios de comunicación (la televisión sobre todo), son percibidas como referencias inadecuadas (legítimas y legitimadoras) para interpretar y gobernar el mundo. Tanto adultos como jóvenes por igual critican los contenidos de los medios de comunicación, especialmente la televisión.

¹⁰ Younis, J. A. (1997) : *Juventud en Canarias 1996*. Informe del Instituto Canario de la Juventud. Consejería de Empleo y Asuntos Sociales. Dirección General de Juventud.

¹¹ Giddens, A. (1995) : o.c., p. 220.

La participación simbólica y sus formas, a través de las instituciones escolares, la política y los medios de comunicación se rechazan cuando fluyen comunicativamente de forma jerárquica y no horizontal y reticular. Para ellos, los jóvenes, incluso para los adultos (con menos intensidad), la política y los medios de comunicación son instituciones que conforman formas jerárquicas de participación social, pero no reticulares u horizontales:

a) La política. Rechazan la política por corrupta y por no permitir mayores niveles de participación social reticular, y, justo donde más se rechaza, es allí donde la ambigüedad de esta institución crea una situación de amor-odio en los corazones. Es así que los jóvenes lanzaroteños y gomeros son los que más se quejan y despotrican de la política, pero también son los que al mismo tiempo demandan más cosas de estas instituciones y esperan mucho de ella (especiales protagonistas son los Cabildos). El hecho de la insularidad periférica (económica, cultural, social y política) convierte a estas instituciones en las principales garantías de mínimos de obtención de recursos y de participación en la extensión de gratificaciones (mediante subvenciones o acuerdos, prestaciones, aportaciones, etc.) a todos los ciudadanos. Son el centro político y del debate de las cuestiones locales en Lanzarote y La Gomera, pero también han adquirido un poder (que los jóvenes desdeñan por corrupto) en el gobierno de la región que sitúa a sus diputados en parte del discurso cotidiano de referencia de la isla. Pero no son sólo estos jóvenes los que tienen en poca estima a la política, sino el conjunto de jóvenes y adultos, siendo los jóvenes los que la rechazan aún más que los adultos. Y no sólo es que esté dañada la imagen de los políticos, sino que la misma política como práctica social ha perdido credibilidad. De ahí el escaso sentimiento de relación con esta institución clave para la convivencia. De hecho es éste, a nuestro entender, el factor que explica el alejamiento o separación de los jóvenes, pues crea incertidumbre de la convivencia, al no establecer límites claros entre lo legal y lo no legal, entre lo lícito y lo ilícito, entre el orden y el desorden, entonces no perciben caminos justos y diáfanos en la distribución equilibrada de los méritos y gratificaciones que pueden ayudarles a construir una biografía e identidad del yo coherentes. Al contrario, sienten que el engaño social, la ilegalidad y lo ilícito (aunque legal) trampean la convivencia y les estafa una vía de futuro. El sentimiento de impotencia y de no controlar esta circunstancia, les aleja de la participación en la política, anclándose aún más en el presentismo, pues la parte del desarrollo del Yo que implique la intervención política (mediante políticas de empleo, políticas de viviendas, subvenciones de cualquier tipo, becas, etc.) les deja la sensación de un difícil desarrollo del Yo.

Por otra parte, una segunda clave explicativa del alejamiento y rechazo unánime de la política que se deduce de los discursos, es la del resentimiento provocado por las promesas y el posterior desengaño. Los jóvenes se sitúan ante la política en la actitud de quien tenía unas expectativas que luego no se han visto satisfechas. Las becas y el reparto de recursos en temas que consideran banales para sus necesidades son dos ejemplos de una dinámica de fondo: la visión de las instituciones políticas como "madre nutricia", pero no como "espacio de participación" donde negociar significados y prácticas que aporten argumentos para la convivencia social. Esto es así, pero no por ello debemos culpar a los jóvenes, pues la propia dinámica de la política y de los políticos ha creado una conciencia de impotencia sobre los acontecimientos y las decisiones, estableciendo un locus de control externalista en los jóvenes sobre el que nada pueden hacer.

b) La televisión y los medios de comunicación. La televisión y otros medios de comunicación (el cine en general es menos rechazado), por sus contenidos, también son rechazados, aunque de forma menos contundente que a la política. El contenido que rechazan es la visión del mundo y de la realidad social que dan los medios (la televisión), especialmente a través de sus narrativas. Uniendo todos los cabos posibles, es posible que vean a la televisión como la más simbólica tecnología de representación del mundo, ese mismo mundo del que esperaban todo y no les ha dado nada. Eso que abrumadoramente y en exceso se les ofrece en la pantalla y se les alarga hasta los ojos, pero que no se les ha permitido alcanzar y coger para desarrollar su yo, todavía estancado o próximamente aspirante a la inmovilidad social (independencia, trabajo, autonomía, casa, etc.) Si alguna disonancia cognitiva crea la televisión, es aquella de ofrecer cantidad de cosas materiales y de bienes simbólicos y no disponer el joven de recursos (ni cognitivos ni económicos) para acceder a la golosa oferta en el mundo "real" de las necesidades reales, donde el Yo biográfico necesita para desplegarse de algo más que una "Sensación de Vivir". De ahí la queja resentida, el malestar y la sensación de engaño que les provoca la relación con la televisión, el más "realista" de los medios que después no lo resulta tanto. Giddens, hablando de los dilemas del Yo a los que debe enfrentarse todo el mundo en la modernidad tardía, cita como uno de esos dilemas el de "la experiencia personalizada frente a la experiencia mercantilizada", definiéndola así :

(...) la crónica del yo debe construirse en circunstancias en que la apropiación personal está sometida a influencias tipificadas que afectan al consumo¹².

Este dilema, como puede comprobarse, acompaña a la juventud actual, pues la apropiación personal de la información mediada que ofrece el más "realista" de los medios es una experiencia mercantilizada del Yo, de la que los jóvenes no pueden abstenerse cuando realizan la apropiación de acontecimientos que les provea de competencias de desarrollo del Yo biográfico.

Observamos en sus intervenciones, concretamente, la contraposición clara entre saturación informativa versus información insuficiente. Esta aparente contradicción se explica porque manifiestan, por un lado, exceso de información inútil para sus propósitos y objetivos (información que no vale nada), y, por el otro, poca información de lo que realmente les podría interesar y ser útil. A esta idea se unen otras que apoyan esta interpretación, pues entienden que hay demasiado entretenimiento evasivo e incitación constante al consumismo, y, por último, fuerte distorsión de la realidad: violencia, mala imagen de los jóvenes y otros valores negativos.

No sería excesivo unir la política y los medios de comunicación en una actitud unitaria que despiertan en los jóvenes y los hace rechazables, tal como se teje manifiestamente a través de sus discursos: ambos prometen y engañan, crean expectativas y luego desengañan creando frustración.

¹² Giddens, o.c., p. 254

Los jóvenes, incluso, se vinculan a los medios de comunicación más de lo que en principio son conscientes. De hecho, es posible deducir esta vinculación observando que los medios son un tema de conversación con relativo espesor e importancia en sus hablas discursivas. Independientemente de que critiquen a los medios, éstos forman parte de su análisis de la juventud; es decir, que al hablar de los jóvenes como tema, un tema asociado es el de los medios, por lo que están reconociendo su importancia, tanto como contenido que consumen los jóvenes y como efecto sobre sus comportamientos. Cuando las dos realidades, juventud y medios de comunicación, se unen es para establecer lo que la segunda hace a la primera, en una relación de causa-efecto. Que la relación causal establecida la perciban negativa en general, conviene a la visión del joven que tiene déficits o excesos de comportamiento y que deben ser explicados y justificados desde la influencia de los medios de comunicación. En el fondo, nos atrevemos a decir, parece como si la cultura de los medios (contenidos, códigos, estilos de vida representados, valores a la última, variedad y cambio, publicidad y promoción de objetos de consumo simbólicamente cargados, promoción de novedades y cierto aire juvenil que despiertan la mayoría de los programas) se asimilara a una cierta cultura juvenil, en una especie de relación metonímica donde decir jóvenes o juventud y medios de comunicación es decir lo mismo, remitiendo una realidad a la otra.

En este sentido, cabe recordar lo que dicen algunos sociólogos sobre la porosidad de la familia a la acción de los medios. Esta permeabilidad de la familia a la acción simbólica de los medios se debería a que la familia es una institución cada vez más privatizada, relativamente independiente de los controles sociales y más alejada del entorno comunitario¹³ (Flaquer, 1982). Esta situación queda muy bien definida por Flaquer con estas palabras:

A más privatización, mayor libertad para desarrollar las pautas de organización e interacción familiar, pero simultáneamente mayor dificultad para acometer esta empresa, mayor inseguridad y mayor debilidad e indefensión ante ciertos influjos del exterior, en especial aquéllos que se ejercen a través de los poderosos agentes de comunicación como los mass media. En una sociedad privatizada, los modelos familiares son vehiculados en gran parte a través de los medios de comunicación, aunque cabe añadir que su adopción se halla especialmente mediatizada por la posición de clase. Así, pues, la privatización se nos antoja como una suerte de individualización del grupo familiar¹⁴.

c) Las instituciones escolares y la educación. Las instituciones escolares, por ejemplo, son un caso de manifiesta ambigüedad vinculativa, que, aunque crean que son las más necesarias y aportativas para sus vidas (tal vez por puro pragmatismo), son connotadas por sus estructuras vinculativas de tipo jerárquico y por los pésimos aportes afectivos de sus profesores. Es una queja que recorre de parte a parte a los jóvenes de todos los niveles educativos. Aunque estudien y consideren que la credencial del título escolar les aclarará mejor el futuro, no se sienten realmente autorreferenciados en la institución escolar. Y la ambigüedad se encuentra en que necesitan acudir a los centros

¹³ Flaquer, Ll. (1982): De la vida privada. Barcelona, Edicions 62.

¹⁴ Flaquer, Ll. (1993): La socialización en la familia: teorías, modelos e interacciones, p. 62. En María A. García, Gloria de la Fuente y Félix Ortega (eds.): Sociología de la Educación, Barcelona, Barcanova.

educativos, pues sin ellos tampoco tienen futuro: "contigo no puedo vivir y sin ti me muero", como reza una canción popular. Parece que dos claves importantes explican estas actitudes de relación con la escuela, el instituto o la universidad: la relación con los profesores y la incertidumbre de que realmente el título sea un boleto que los transporte a un mejor futuro.

Son más escépticos de la credencial escolar como garantía de mejor futuro los padres de clases trabajadoras. Aunque la ven positiva, en estas condiciones históricas no la creen operativa. Todo ello, seguramente, porque necesitan creerlo, pues sus propios hijos están en su mayoría fuera del sistema escolar formal. No deja de llamar la atención que los padres de clase media, media-alta y alta de los grupos estudiados, sin haberlo pretendido el investigador, tengan la mayoría de ellos a sus hijos en la Universidad, frente a los de clase media baja, todos y todas con hijos ya fuera del sistema escolar reglado.

Pero al hablar de educación, van más allá de la educación formal. La educación informal de la familia es un tema recurrente en los grupos. Los jóvenes, especialmente los más jóvenes, necesitan educación cívica, educación para la convivencia y los buenos valores sociales. Cuando los profesores y padres hablan de esta carencia educativa, lo hacen refiriéndose al joven abstracto de la historia; frente a los mismos jóvenes, quienes acusan a los "nuevos adolescentes" de lo mismo que ellos, jóvenes abstractos de la historia, son acusados por padres y profesores.

d) Las drogas. La identidad del Yo es tarea refleja que bebe sus fuentes de los padres (la familia), los profesores (la institución escolar), el empleo (mundo laboral) y las drogas (mundo psicosocial). El ordenamiento del sí mismo no se hace en el vacío social, sino en relación a un proceso transaccional continuo entre el joven y los padres, el joven y los profesores¹⁵, el joven y el empleo, el joven y las drogas. El joven escogería de todos estos fragmentos para conformar una unidad de identidad que lo guiara en su trayecto biográfico, pero escoger las drogas supondría una fractura, una desviación mal calculada que llevaría al Yo hacia la autodestrucción. No importa que las otras instituciones no funcionen adecuadamente, si el sujeto (joven) sigue funcionando y no para, se mantiene entero y sano (física y mentalmente) ante las adversidades por las que tiene que pasar biográficamente. Nada de esto importa si el Yo sigue en su sitio, si el joven no se ha trastornado con la droga, símbolo de un placer escogido libremente, merced a un proceso individual y no social.

Cuando la opción es la droga, entramos ante uno de los fantasmas colectivos con más peso angustiante en el imaginario del joven y del adulto, curiosamente, una de las creencias en la que coinciden todos por igual y que los unifica más que ninguna otra cosa: la institución del consumo de la droga como consumo prototípicamente juvenil.

Caer en la droga supondría una actividad opresiva para construir el Yo juvenil. De todos los acontecimientos vitales posibles que pueden ser escogidos para construir la identidad juvenil, seleccionar la droga sería opresivo para el yo y estancaría la identidad.

¹⁵ La obra que mejor refleja cómo influyen los profesores en la constitución de la identidad juvenil-adolescente es la de Jean Guichard (1995) *La escuela y las representaciones de futuro de los adolescentes*. Barcelona, Laertes.

Escoger la droga no sería un estimulador expansivo de realización de la identidad del Yo para la construcción biográfica coherente. Este miedo, aunque colectivo, se operativiza con fuerza entre las clases populares y lo sienten como una experiencia en las puertas del hogar, que puede llamar inesperadamente en cualquier momento con su guadaña de muerte a la espalda. Pero es un miedo presente por igual entre padres, profesores y jóvenes en general.

Las drogas, fuertemente asociadas al status juvenil, aparecen como uno de los principales obstáculos en el camino hacia el status positivo de inserción laboral, afectiva y social. El joven y el adulto (pensando en el joven) se trazarían una trayectoria ideal de progreso social, trayectoria que consignan como movilidad del joven si alcanza la meta, frente al estancamiento del mismo si no alcanza la meta. De este modo, las drogas serían metáfora de obstáculo social que impide cualquier meta o movilidad. El joven drogadicto es una metáfora de individuo fracasado, alguien que se ha autoexcluido de la “trayectoria normal”, ésa que si se sigue se obtienen recompensas merecidas. Y los grupos de este estudio necesitan creer, en el fondo, que existe una “trayectoria normal”, que, de seguirse, lleva al éxito y la recompensa social.

En términos comparativos de la droga y el trabajo, el sujeto de la droga es culpable de sus actos, no así el sujeto del paro juvenil, víctima de la sociedad. Tal vez sea porque la droga se asocia al placer (sensación y sentimiento tenido por autoemergente) y las conductas de riesgo de los jóvenes. El fracaso ante el trabajo vendría dado por el orden social, frente al fracaso ante las drogas que vendría dado por el orden individual.

Estamos, en el fondo, ante la ideología neoliberalista que predica la fuerza del sujeto robinsoniano, quien, solo en una isla desierta, su supervivencia depende de sus propios esfuerzos y recursos; donde una isla desierta, de otras personas y de complicaciones “naturales”, tiene apenas protagonismo para explicar las agonías drogodependientes de nuestro buen Robinson juvenil.

Son, como siempre, las madres y padres de clase trabajadora, las que tímidamente destacan el consumo de drogas como consecuencia de falta de empleo y otros problemas sociales que asaltan a la juventud.

Los discursos de las transiciones

Si antes aludíamos a la identidad del Yo, en cuanto manifestación de pertenencias y comparaciones tipo Nosotros-Ellos o Yo-Nosotros; ahora se trata, de alguna manera, también de identidad del Yo, pero no en un sentido comparativo de las pertenencias grupales, sino en un sentido de realización del Yo de los jóvenes. Se trata de la dimensión más densamente representada en los discursos de los jóvenes cuando hablan de sí mismos. En segundo lugar, son los propios padres los que aluden a esta dimensión; en último lugar están los profesores, universitarios más que nada, quienes olvidan especialmente las dificultades que encuentran los jóvenes a la hora de realizar sus identidades por falta, precisamente, de suficientes transiciones, en cantidad y calidad.

La condición juvenil contemporánea conforma unos valores y un estilo de vida diferencial que es fruto de los contratiempos en los que están inmersos y que aparecen con fuerza discursiva a través de sus hablas:

a) Lo que mejor define y describe la naturaleza de lo juvenil es la transición ecológica al trabajo. El principal contratiempo es el de la dificultad de cambiar de rol, que se hace a través del trabajo. Que todas las posibilidades de la personalidad del joven se desplieguen y se pongan en *movimiento* de forma creativa y enriquecedora para la realización adecuada de su identidad del yo depende de cómo realice dicha transición, que nunca es igual para todos los jóvenes, por razón de sexo y de clase social. La posibilidad de cambiar o no de rol (personalidad social) se encuentra, pues, sobre todo en el trabajo, en tener un empleo remunerado y estable. El Movimiento o Permanencia del Yo es, en la modernidad, cuanto menos problemático sin un empleo, sin un trabajo que permita la puesta en marcha de otros proyectos vitales y estilos de vida (comprar una casa, formar una familia, tener hijos, practicar deportes, salir con los amigos, etc.). En Canarias, la pobre diversificación de sectores económicos hará muy problemática la inserción laboral de los jóvenes cualificados. Canarias tiene cada vez más jóvenes con estudios secundarios, universitarios y técnicos profesionales finalizados, ¿dónde realizarán sus identidades estos jóvenes si el 72% del mercado laboral está fijado en el turismo y en el sector servicios, los cuales hasta ahora han exigido poca cualificación? Pero es que los jóvenes sin cualificación lo tienen más crudo todavía, aunque la cualificación no sea la panacea y posibilite el paso seguro a un empleo estable. Ya los propios jóvenes y los padres lo dejan ver en sus discursos sobre las transiciones del Yo: no hay seguridad de que estudiar te posibilite acceder al empleo, y, además, que sea un empleo de acuerdo a tus estudios y formación (de esto se quejan sobre todo los universitarios). Los jóvenes de nuestro estudio ven el trabajo como una ocasión para hacerse a sí mismos, como la posibilidad de descubrirse a sí mismos todas las cualidades personales y todas las posibilidades sociales: trabajar es tener proyecto biográfico, y, el trabajo, es el proyecto biográfico de más hondo calado vital. Es un hecho que la propia definición de juventud, la aparición histórica de la juventud como fenómeno occidental de las sociedades capitalistas ve unida a la transición al trabajo, pues prácticamente empieza a haber juventud cuando se produce la escisión entre la esfera familiar y el mundo laboral¹⁶. Aún más, en palabras de Prieto¹⁷: "Para que la juventud entre en sociedad las sociedades modernas capitalistas tendrán que llevar a cabo aún una doble y concomitante <<invención social>>: la prohibición del trabajo a ciertas edades y la creación de la escuela obligatoria de masas (...) Las funciones de esta escuela, en las sociedades modernas son múltiples (...), pero, sean cuales sean, produce un resultado claro: institucionaliza, por así decirlo, la infancia y crea un espacio social incierto entre ésta y la adultez en el que jugará un papel central la transición al trabajo; ahí tenemos a la juventud."

b) La segunda dificultad es elegir un estilo de vida de entre todas las opciones que se le presentan, "para la constitución de la identidad del yo"¹⁸. El adulto ya tiene fijada de antemano una identidad (ya no necesita jugar a más roles, operar más movimientos de

¹⁶ Prieto, C. (1994) *Trabajadores y condiciones de trabajo*. Madrid, Ediciones Hoac, p. 108.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 109-110.

¹⁸ Giddens, A. (1995) : o.c., p. 14.

transición ecológica¹⁹, desplegarse en todas sus posibilidades realizativas, no así los jóvenes, que deben tratar de vincular su yo a un estilo de vida. Buscamos nuestra identidad y la construimos en distintos espacios socio-vitales. Cada uno proyecta y edifica su identidad identificándose con distintos ambientes, roles y actividades que realicen su yo y les confiera un lugar, a través del estilo de vida, donde hacerse visible socioculturalmente y psicológicamente (visible para sí mismo y para los demás, la sociedad) Pero los jóvenes ven problemático, no sólo encontrar opciones disponibles, sino después realizarlas con un mínimo de posibilidades de éxito. Al constituirse el trabajo como valor principal sobre el que giran todas las demás posibilidades de realización personal, cualquier crisis que disloque este lugar socialmente privilegiado de realización del Yo dispara los sentimientos de desánimo y desesperanza que dejan ver en sus discursos. Esto ocurre a prácticamente todos los grupos de adultos y jóvenes, pero son los de clases más modestas los que más angustia muestran al respecto, pues el trabajo es para ellos (como para la mayoría) un factor estabilizador del Yo biográfico. Es así que la mención del futuro por los grupos, siempre se acompaña de expresiones sobre metas y temores de evitación de penalidades de ese mismo futuro, en el cual está fuertemente imbricado el mundo laboral: futuro es igual a trabajo y trabajo es igual a futuro, claramente. He aquí otra clave que contextualiza la visión del mundo fuertemente presentista de los jóvenes que, además, se fundamenta psicológicamente en el pesimismo y el temor en torno al futuro. Pesimismo y temor que están más arraigados entre los jóvenes de clases trabajadoras y los jóvenes universitarios, quienes hacen descansar fuertemente su identidad en el trabajo: los primeros por supervivencia y huir de los problemas sociales inmediatos (o al menos controlarlos) que ven en su entorno; y, los segundos, por dar sentido a la inversión de esfuerzos y tiempo socialmente empleado en años de estudio para después ni siquiera trabajar en aquello para lo que se formaron. También todos los padres, excepto los de clase media-alta y alta, muestran preocupación por el trabajo.

c) Si los jóvenes ya viven el futuro como pérdida, es debido a la débil institucionalización de las transiciones a la adultez y los multiplicados ritos (por su complejidad y estancamiento temporal) del cambio de roles, que han oscurecido modelos generales de realización del yo y de socialización secundaria que los adultos puedan ofertar a los jóvenes, produciéndose a veces críticas injustificadas y respuestas estereotipadas a los comportamientos y las situaciones que se asocian actualmente a los jóvenes. Lo singular es que los propios jóvenes reproducen muchas de las explicaciones que en forma de clichés y estereotipos son adjudicados por los adultos. Si además de todas estas dificultades para realizar la identidad del yo en los jóvenes tenemos en cuenta la débil vertebración social de la sociedad canaria, traducido en el mínimo nivel de participación social y de asociacionismo de los jóvenes, la dificultad de movilizar (Movimiento) el Yo de su estancamiento psicosocialmente inhabilitador (Permanencia del Yo) se agudizan más aún.

d) En conclusión, el yo de los jóvenes tiene que hacerse aparentemente a partir de una diversidad de opciones (tal vez ello explique la proliferación de cursillos de autoempleo dirigidos a los jóvenes) y posibilidades, siempre hipotéticas y dudosas, que implican un cierto riesgo que aquéllos deben estimar. Esto ha hecho tan relevante la confianza para el desarrollo de la personalidad de los jóvenes, debido a que la

¹⁹ Bronfenbrenner, U. (1987) : *La ecología del desarrollo humano*. Barcelona. Paidós.

“modernidad es una cultura del riesgo”²⁰, la confianza y el optimismo son necesarios. Pero, como seguirá diciendo Giddens en su análisis relativo a la modernidad y la identidad del yo: “No debemos olvidar que la modernidad crea *diferencia, exclusión y marginalización*. Las instituciones modernas, al tiempo que ofrecen las posibilidades de emancipación, crean mecanismos de supresión más bien que de realización del yo”²¹.

e) Las transiciones del Yo y la Evitación de penalidades son, pues, los dos significados que más sobresalen entre los jóvenes (y en adultos, aunque algo menos) y que siempre o casi siempre se vinculan al mundo laboral. En conclusión, la centralidad discursiva del trabajo y el empleo queda como núcleo semántico que articula la mayor parte de los discursos, siendo, además, la visagra donde apoyan la construcción de sus identidades. La realización del Yo se hace en el espacio del trabajo, lugar de identidad, aunque no el único, sí el más importante para ellas y ellos. Tan importante que incluso los jóvenes universitarios llegan a establecer una discusión en torno a las ventajas actuales de las mujeres por no tener que hacer ningún servicio (ni social ni militar) Discusión que entre los grupos universitarios no tiene ninguna reminiscencia feminista, sino pragmática, de oportunidades diferenciales en el tiempo disponible para efectuar el necesario curriculum dentro de las ya muy competitivas y complicadas transiciones a la adultez. Tanto ellos como ellas reconocen que para personas con estudios superiores, perder un año significa un año menos de tiempo para hacer curriculum. Este diferencial de tiempo a favor de las universitarias es, en nuestra opinión, una hipótesis que no está clara y que debe comprobarse estudiando los itinerarios de los jóvenes que están un año en el servicio militar o social sustitutorio, si mientras hacen este servicio no hacen nada más, y mientras, qué hacen las jóvenes. ¿Acumulan las mujeres más credenciales de capital cultural y escolar que los hombres en ese periodo de tiempo, y, si lo hacen, se mantiene constante dicha diferencia? ¿Repercute al final ese diferencial de tiempo no perdido de las mujeres en mayores posibilidades de empleo que los hombres?

Los discursos de los deseos

Todas las dimensiones anteriores están atravesadas de parte a parte por el deseo. Deseo y norma se contraponen poderosamente en los discursos de los jóvenes en varios sentidos:

a) Los jóvenes "hablan" desde el deseo, gesticulan deseos por todas partes, frente a los adultos y sus instituciones que son norma, regulación, barrera (de impedimento y de protección, y, ven las dos cosas, aunque expresen más la primera).

b) Los deseos se sustancian, en primer lugar, en el espacio del mundo laboral: el más importante deseo es tener un trabajo, que no es otra cosa que tener futuro. De ahí que el futuro pase a través del trabajo. Las normas del mercado laboral son normas que obstruyen sus periplos vitales de constituirse en identidades sociopersonales reconocidas y aceptadas. Desean que las normas sociales e institucionales no les impida tener iniciativa y capacidad para satisfacer sus necesidades. Los deseos se viven más como temor de no alcanzarlos que como meta o proyecto a alcanzar. El deseo lucha contra las

²⁰ Giddens, A. (1995) : o.c., p. 12.

²¹ Giddens, A. (1995) : ibidem, pp. 14-15

normas (instituidas) para evitar penalidades y conservar la identidad intacta. Es decir, el deseo más importante es poder realizar la identidad y luego mantenerla. Este deseo primario, básico y constituyente del sí mismo del joven, pasa sobre todo y necesariamente por el trabajo. Los jóvenes piensan que sólo pueden recurrir a sí mismos para salvarse de la “quemadura” (dador). Ellos son sus propios dadores (sus habilidades y competencias personales, el recurrir a sí mismos, confiar en uno mismo); las instancias de ayuda apenas son percibidas, donde más, en las familias y los amigos (ayudante), que son instituciones de las emociones y el afecto; y es el sistema, la sociedad o las administraciones del Estado, más que ellos mismos y sus capacidades o habilidades personales, los principales obstáculos (oponente) con que se encuentran. Donde son los adultos los que atribuyen a la voluntad individual del joven, más que al contexto social, a la dinámica de sus deseos y voluntad la fuerza para luchar contra las normas del mercado laboral y de su clase social. Para muchos adultos hay falta de DESEO, y no falta de SOCIEDAD. Tenemos, pues, que concluir la pérdida de confianza en las instituciones, en relación a que sus deseos de levantar una biografía personal del yo tropieza con problemas (trabajo más que nada) que dichas instituciones no terminan por resolver. Los jóvenes colman sus deseos de atención afectiva (y no del todo), más que de atención social, porque la confianza que se depositaba en las transiciones al trabajo en la etapa de pleno empleo (según el modelo keynesiano que perduró hasta finales de la década de los setenta) se han visto frustradas ahora en la nueva etapa neoliberal de alto desempleo. Hasta hace poco la identidad a través del trabajo era muy fácil de adquirir y realizar: el joven se identificaba a través del trabajo, se hacía ser social a través del mismo. Pero ahora, con las dificultades de realizar los deseos de identidad a través del mundo laboral y profesional, la única compensación a esa falta de espacio social donde construir gran parte de la identidad es identificarse con los propios, los amigos y la familia, quienes sustentan la realización del deseo de ser aceptado y recibir afectos. Sin deseo cumplido a través del trabajo-profesión, al menos quedaría el deseo cumplido a través de la relación afectiva con los iguales y la familia. Aquí tenemos donde tienen depositada la confianza: en los sentimientos y afectos, en el apoyo incondicional de los más cercanos afectivamente. El deseo de la Continuidad del Yo a través del trabajo se convierte en deseo de afecto y apoyo en la (durante la) Permanencia del Yo, mientras el Yo biográfico esté detenido (y retenido) o con dificultades de despliegue, el deseo de identidad a través del trabajo debe mantenerse apoyado en algo sólido y seguro que restituya la confianza en una próxima realización del deseo principal: apoyado en los otros, a través de ellos, los más cercanos.

c) En segundo lugar, el deseo de identidad y proyección biográfica continua se sustancia en el mundo de las relaciones entre padres e hijos. En él encontramos también lucha contra la norma y la regulación (los padres), así como necesidad de orientación que no encuentran en los padres (orientación cognitiva), pero sí aceptación de la importancia de los padres como apoyo y soporte afectivo para aguantar la demora de la realización de los deseos (apoyo emocional). En este universo el deseo educativo de los padres se ve como un fracaso por las nuevas normas impuestas por la sociedad y por el desfase de los padres y sus correspondientes pérdidas de autoridad y prestigio.

d) En tercer lugar, la identidad que se desea debe pasar por el necesario capital escolar y cultural. Es un capital útil para el supradeseo de acceder al mundo laboral. Es un deseo sufragado por la tremenda competitividad en el mercado del empleo y la lucha por ocupar un puesto de trabajo. Sin embargo, ya esta creencia en las credenciales que puede aportar el capital escolar y cultural para cumplir el deseo subliminar de tener un

trabajo, está cediendo posiciones por la desconfianza en el futuro (se tenga más o menos capital escolar). La educación es un deseo de segunda mano, supeditado al laboral, que se devalúa poco a poco, debido a la propia inflación del credencialismo escolar.

e) Los jóvenes entre ellos, por otra parte, establecen el deseo de que se eduque a otros jóvenes, al joven deficitario y demoniaco, puesto que es el responsable de la mala imagen del colectivo juvenil. Aquí se trata de la educación en un sentido no estrictamente escolar. Este joven carente de educación sólo tendría deseos, falta de normas habilitadoras para la convivencia y al que habría que encauzar. Es el deseo de quienes necesitan subjetivar la culpa que les hace sentir la sociedad acerca de sus propios deseos y de su propio status juvenil. El joven, así presentado por los adultos sólo como deseo, a través del discurso desculpabilizador (culpabilizador del otro, al fin y al cabo) necesita presentarse también como norma, como quien también posee normas.

f) La más fuerte señal del joven como encarnación de todos los deseos es la droga, punto crítico que se ha hecho socialmente emblemático para señalar el desbordamiento de los deseos que caracterizan a los jóvenes. La droga y drogarse condensan todos los demonios de la mala identidad juvenil donde la sociedad proyecta sus miedos al joven como rompedor de la norma (romper esa norma significa fracaso individual por un deseo individual, y, significa, dejar de moverse socialmente hacia un status mejor). Es así que la lucha contra este joven *drogodeseante* se convierte en la coartada moral y la justificación pedagógica de la recuperación del joven a la "buena norma", de la que se ha desviado por deseos mal dirigidos (hacia el empleo, tener familia, pareja, respetar a los padres, etc.)

Los deseos y las normas se articulan a través de los dilemas del Yo que teorizó Giddens²². Estos dilemas del Yo de Giddens nos servirán de apoyo conceptual para resumir la relación que hemos encontrado entre normas y deseos en los jóvenes:

1. Unificación frente a fragmentación. Los deseos de los jóvenes, ante un mundo de acontecimientos fragmentados, para realizarse deben buscar más recursos y posibilidades que nunca si quieren mantener un Yo biográficamente coherente y unificado. El aprovisamiento de la identidad del joven tiene que hacerse aparentemente ante una diversidad de opciones que existen de forma fragmentada, pero que son referentes opcionales muy dudosos e hipotéticos que ya no dependen sólo de voluntades y deseos individuales. Mucha fragmentación y opciones disponibles, pero las posibilidades de acceso para recuperar una cierta unificación no son iguales en todos los jóvenes (los de clases más modestas y los universitarios lo ven más "crudo")
2. Impotencia frente a apropiación. Los jóvenes muestran un sentimiento de impotencia, de que las cosas están controladas desde fuera y que poco puede hacer para cambiarlas. A pesar de este tono de hundimiento, siguen luchando, buscando, acumulando distintos capitales para competir. La fantasía de dominio, todo lo contrario de la impotencia, aparece en los jóvenes de formación profesional que pronto acabarán su especialización profesional y que confían en un empleo, premio a su constancia, toda vez que sus procedencias de clase trabajadora les hace sentirse con mayor autoestima después de haber superado todo tipo de obstáculos. El deseo es impotente ante la fuerza de la norma, pero siguen intentando apropiarse de lo que

²² Giddens, A. (1995): ibidem, capítulo 6.

pueden, muy viviendo al día. La apropiación de la droga como estrategia de vida, lleva a la impotencia para recuperar verdaderas gratificaciones sociales.

3. Autoridad frente a incertidumbre. Los padres, los profesores y los medios de comunicación no constituyen las autoridades últimas para los jóvenes. Ya de la religión ni se habla (excepto los padres de clase media en adelante). Según los jóvenes, no es que no haya autoridad, sino que incluso estas mismas autoridades provocan más incertidumbre, añadiéndose a la propia de los tiempos que corren. La institución de la política es la peor valorada y la que menos autoridad conceden a la misma, además de ser la que más incertidumbres ven que está provocando en sus vidas. El joven se ha convertido en un profesional del escepticismo. La norma de estas autoridades es una norma devaluada, toda vez que han dejado sus deseos (los de los jóvenes) en la eterna incertidumbre de la duda. El joven quiere que se hable de su deseo, que se mencione (la única manera de decidir socialmente sobre su existencia es haciéndolo público), que se admita su existencia particular y su singularidad, pues, muy a su pesar, los jóvenes se lamentan de que siendo las instituciones del control y el poder (especialmente escolares, religiosas, políticas y de los medios de comunicación, y, en ocasiones la propia familia) algo que se refiere a las personas, no las deja hablar más que a través de las normas implantadas y nunca a través de sus deseos. De ahí el conflicto entre norma y deseo que vemos en todos los jóvenes de este estudio.
4. Experiencia personalizada frente a experiencia mercantilizada. Las vicisitudes y problemas de la condición juvenil pasan a ser fuertemente mercantilizadas, tal como los entrevistados lo ven a partir de la fuerte crítica que hacen al dispositivo manipulador de consumo. El consumo y los comportamientos juveniles, que se ven influidos por los grandes medios de comunicación, llevan a criticar los estilos de vida que se están implantando o que se han implantado en los jóvenes a partir de estos dispositivos. Se encuentran atrapados en ellos, pero viven con ellos y los usan. Cuando el yo no termina por realizar su periplo, se convierte en un fuerte sustituto intuido por ellos mismos. Todo esto se vive conflictivamente, pues sus deseos deben luchar contra la confusión imperante y la indiferenciación de opciones que los homogeneiza y estandariza (todos los jóvenes son iguales), fagocitados por las normas de la "modernidad reinante", lo que puede llevarlos a cumplir el deseo y escapar de la alienación o bien a caer en el más puro mimetismo consumista, en un estado de catatonia social paralizante, en una permanente <<pose>> y una banalidad sin sentido trascendental para sus vidas. Tal vez esto explique la acusación a los medios de comunicación en relación a la información que necesitan obtener para ver luz en el camino que están recorriendo y que no la reciben. Seguramente esperan ver con claridad qué podrían hacer ante tanta confusión, quién les podría decir algo concreto, por ejemplo quien les podría dar la llave mágica que les abra las puertas del futuro, y lo ven en los medios (lugar o despensa que debería ser de "toda" la información posible) Aquí, además, habría que empezar a discutir si el deseo de consumir bienes materiales (tener un coche y una casa es lo que más dicen) es una metáfora del deseo de ser. El deseo de Ser, pues, caería por debajo del deseo de Tener en expresión de Fromm. Cuando los jóvenes expresan qué desean (dicho literalmente), se refieren más bien a TENER bienes materiales, un coche o una vivienda, por ejemplo, pero también desean salud (¿es entonces el cuerpo un bien material y se tiene buena o mala salud igual que un coche bueno o malo?), que a bienes abstractos de tipo simbólico. Sin embargo, hay que ver si estos bienes

materiales no constituyen una forma de expresar el Yo y, su adquisición, una posibilidad de expandir el yo dentro del margen de maniobra permitido por la sociedad actual. El mismo razonamiento puede aplicarse al deseo de obtener un buen empleo y así alcanzar otros logros (materiales y espirituales) o del deseo de establecer estructuras vinculativas positivas con los demás y con las instituciones. Tal vez sea en el ámbito del consumo (donde las instituciones de la modernidad han comercializado el yo juvenil) y de la adopción de ciertas prácticas culturales asociadas a las conductas de consumo donde los jóvenes puedan realizar su yo. Estas formas inconscientes de realización del yo, consistentes en música, deportes y vestuario dejan ver no sólo bienes materiales, sino también simbólicos, con un estilo de vida y unos valores asociados que los grandes dispositivos comerciales se han encargado de promocionar. Tal vez sea esta Permanencia del Yo y su relación con la cultura del consumo y el consumo simbólico-material los que, hipotéticamente, estén provocando una cierta subcultura y estilos de vida alternativos. ¿Es la moda y sus cambios un sustituto onírico o metafórico de los cambios de rol realmente buscados y no encontrados? ¿Aprovecha el capitalismo consumista este estancamiento de realización del Yo biográfico de los jóvenes? ¿Si las transiciones al trabajo y a la adultez fueran más rápidas se daría ese nivel de consumo y de construcción de subculturas juveniles a través del consumo? Así, los jóvenes buscan diferenciarse (luchando y negociando incluso con la mercantilización de que son objeto) y se comparan (con otros adultos o con otros jóvenes) con el propósito de ser ellos mismos, de afirmar una personalidad propia positiva (frente a la negativa de los adultos o la mercantilizadora del consumo) eligiendo un estilo de vida y de ser joven frente a otro, al mismo tiempo que desean instituir sus propios espacios simbólicos y materiales para la realización de las identidades del yo: independencia, autonomía, pareja y casa.